Ketanji BROWN JACKSON, *Lovely one*, Random House (New York, 2024), 405 págs.

Este libro, cuyo título también evoca musicalmente a otros celebérrimos Jacksons, y que procedo a presentar con sobriedad en estas páginas del *Anuario Coruñés de Derecho Comparado del Trabajo*-ACDCT, resulta de lectura absolutamente grata y apasionante, en particular para personas —como es mi caso— que sienten profundamente la vocación del estudio y la práctica del Derecho, constituyendo mi modesta aportación —o grano mío primero, sin más— al formidable granero que conforma la biblioteca de biografías de Jueces de la Corte Suprema de los Estados Unidos, depositada en el Instituto de Investigación de la Asociación Coruñesa de Derecho Comparado del Trabajo y de la Seguridad Social, puesta al alcance de toda la comunidad que da vida a la Facultad de Derecho de la Universidad de A Coruña, recordando que me hice con él a través de la pequeña, pero muy útil, librería —que ocupa un espacio coqueto, muy bien aprovechado— del imponente edificio washingtoniano en que se ubica la Corte Suprema de los Estados Unidos, constando en el interior del libro en cuestión la firma autógrafa de la autora. Es ésta la Juez Ketanji (o Ketanji Onyika, su nombre de pila completo, que en la lengua africana de procedencia de sus ancestros tiene el significado de «*Lovely one*») BROWN JACKSON, primera mujer de raza negra y sexta mujer en total, del conjunto de ciento dieciséis Jueces que han venido a formar parte de la Corte Suprema de los Estados Unidos —hasta el momento en que esto escribo, la última en llegar, en una lista que inauguró el Juez John JAY en 1789—, enmarcándose su libro en un género bien conocido y profuso en los Estados Unidos —en abierto contraste con lo que sucede entre nosotros, de este otro lado del Atlántico—, como es el de las biografías de Jueces, teniendo en cuenta que se corresponde su libro con una concreta variante del género, en la medida en que se trata de una autobiografía, siguiendo en este punto el camino antes transitado por otros «hermanos» suyos, como es el caso de los Jueces Presidente Earl WARREN (1977) y William H. REHNQUIST (2001), así como el de los Jueces William O. DOUGLAS (1980 y 1983), Sandra Day O'CONNOR (2003 y 2013), Clarence THOMAS (2007), John Paul STEVENS (2011), Stephen BREYER (2015), Sonia SOTOMAYOR (2015) y Ruth B. GINSBURG (2016). Los datos biográficos obrantes en el propio libro nos presentan a la Juez Ketanji BROWN JACKSON como

nacida en 1970 en la capital federal, Washington, D.C., aunque criada en Miami (Estado federado de Florida), como graduada en Derecho en Harvard y como Juez federal en todas las instancias (primero, nombrada para la Corte de Distrito del Distrito de Columbia por el Presidente demócrata Barack OBAMA; después, nombrada para la Corte de Apelaciones del Distrito de Columbia por el Presidente demócrata Joe BIDEN). Su libro autobiográfico lo inicia con un Prólogo («Un Deber Sagrado [*A Sacred Trust*]») y lo concluye con un Epílogo («Una Vida Maravillosa [*Lovely life*]»), de breve extensión (ocho y cinco págs., respectivamente), en los que sobresale el nombre de «la gran Constance Baker Motley» (pág. 385), primera mujer Juez federal de raza negra (elegida por el Presidente demócrata Lyndon B. JOHNSON, en 1966), a quien califica como uno de sus «modelos …, cuya brillantez y determinación ayudaron a despejar el camino para mi nombramiento» (pág. xvii). Entre medias, las dos grandes partes medulares de su libro autobiográfico, separadas por un momento crucial en la vida personal, familiar y profesional de la autora, como fue el de su contratación como ayudante jurídico (*law clerk*) del Juez de la Corte Suprema de los Estados Unidos Stephen BREYER, en el año judicial 1999-2000, y de las que paso a dar cuenta seguidamente.

En la primera parte medular («Trayendo los Regalos [*Bringing the Gifts*]»), la autora ofrece un repaso de las personas y lugares que fueron forjando sus vivencias más decisivas y trascendentales, que distribuye a lo largo de los catorde capítulos de que se compone (respectivamente, «El Sueño [*The Dream*]», «Estudios de Negros [*Black Studies*]», «No Hay Lugar Como el Hogar [*No Place Like Home*]», «El Final Profundo [*The Deep End*]», «Corazones Guerreros [*Warrior Hearts*]», «Poderoso Espíritu Luchador [*Mighty Spirit Striving*]», «Fuerza de la Naturaleza [*Force of Nature*]», «El Secreto [*The Secret*]», «Querida Comunidad [*Beloved Community*]», «Cuadratura del Círculo [*In Circle Square*]», «Nuestra Gente [*Our People*]», «Una Unión Más Perfecta [*A More Perfect Union*]», «El Amor lo Cambia Todo [*Love Changes Everything*]», «A Toda Vela [*A Full Sail*]»), por los que van desfilando con rico anecdotario sus abuelos, sus padres, su infancia en Miami, su hermano, su adolescencia en el instituto como estrella de debate, la profesora BERGER en este último, su llegada al College en Harvard, sus compañeras de piso en la Universidad de Harvard, su novio (y posterior marido) Patrick, la familia de Patrick, su año trabajando como periodista en New York tras la graduación y su posterior ingreso en la Facultad de Derecho de Harvard, su trabajo como ayudante jurídico de la Juez federal de Distrito Patti SARIS y su boda con Patrick, así

como sus trabajos como ayudante jurídico del Juez federal de apelaciones Bruce SELYA y en el bufete capitalino Miller Cassidy, concluyendo con su contratación como ayudante jurídico del Juez de la Corte Suprema de los Estados Unidos Stephen BREYER, en el año 1999. Sobre la trascendencia vital de esta última contratación, pensando en el desarrollo de una carrera profesional exitosa, bastaría indicar que tres de los nueve Jueces que integraban la Corte Suprema en aquel año (incluido el Juez Presidente William REHNQUIST, así como el propio Juez BREYER) habían sido en su día también ayudantes jurídicos de Jueces de la Corte Suprema (se podría haber sumado una cuarta, la Juez Ruth Bader GINSBURG, de no ser por que fue rechazada cuatro décadas atrás, precisamente por su condición de mujer), así como que cinco de los siete nuevos Jueces que accedieron desde entonces a la Corte Suprema, a su vez, habían sido en su día ayudantes jurídicos de Jueces de la propia Corte Suprema (incluido el actual Juez Presidente John G. ROBERTS, Jr.). Desde mi particular perspectiva española, me parece especialmente contrastante la fórmula de contratación, que la autora rememora detalladamente con las siguientes palabras:

> «Sonó el teléfono … Me levanté de un salto de la mesa del comedor para contestar y me sorprendió encontrar a uno de mis antiguos profesores de la Facultad de Derecho en la línea. Tras unos cuantos saludos corteses, me explicó el motivo de su llamada … "Dígame, Sra. Jackson, ¿ha pensado alguna vez en convertirse en ayudante jurídico en la Corte Suprema?", preguntó … "N-no realmente", tartamudeé, atónita por su pregunta … En mi opinión, ser seleccionada para un puesto tan prestigioso por uno de los nueve Jueces de la Corte Suprema en activo, o por cualquiera de los Jueces jubilados de la Corte Suprema, era como ser golpeada por un rayo. Con unos treinta y siete puestos disponibles cada año —cuatro ayudantes por cada Juez en activo, cinco para el [Juez] Presidente actual y uno para cada Juez jubilado—, y más de mil de los abogados jóvenes más brillantes y con mejores contactos compitiendo por cada puesto, parecía totalmente improbable que alguien que no se moviera en los círculos de los que tradicionalmente procedían los ayudantes [jurídicos] de la Corte tuviera alguna oportunidad».
> […]
> «Mi profesor continuó explicando que su viejo amigo y antiguo colega de la Facultad de Derecho de Harvard, el Juez Stephen Breyer, entonces de unos sesenta años, se había puesto en contacto con él y con otros académicos para pedirles recomendaciones. Nombrado para la Corte Suprema por el Presidente Bill Clinton en 1994, el Juez Breyer ya había cubierto tres de sus cuatro puestos de ayudante jurídico para el próximo año judicial a comenzar en octubre de 1999,

> pero aún buscaba un candidato adecuado para el último puesto. El Juez Breyer había explicado que quería actuar con rapidez para contratar a alguien, ya que estábamos en marzo y sus nuevos ayudantes tendrían que empezar a trabajar a mediados de julio».
> […]
> «Mi profesor me indicó entonces que anotara el nombre y el número de teléfono de una persona de contacto en la oficina del Juez Breyer y me pidió que llamara a primera hora de la mañana para concertar una cita … Cuando llamé a la Corte Suprema a la mañana siguiente, la persona de contacto del Juez Breyer me preguntó si podía acudir a una entrevista la próxima tarde. Un día después, estaba sentada frente al miembro más recientemente nombrado del alto tribunal, charlando con él sobre mis experiencias como ayudante jurídico … Rápidamente conectamos gracias al hecho casual de que ambos habíamos sido criados por padres que eran abogados de consejos escolares, el mío en Miami y el suyo en San Francisco. El hecho de que nuestros padres se hubieran dedicado a esta forma relativamente inusual de servicio público era un motivo de orgullo para ambos. Durante el resto de la hora de entrevista, nuestra conversación versó con soltura sobre todo tipo de temas, aunque el Juez evitó escrupulosamente cualquier discusión sobre los casos actualmente ante la Corte. Tuve la impresión de que daba por sentadas mis habilidades de razonamiento jurídico y mi sólida ética de trabajo, y que en realidad solo intentaba evaluar si podríamos trabajar juntos de una manera respetuosa y compatible … Mientras hablábamos, me encontré deseando aún más intensamente que antes de conocerle tener la oportunidad de aprender de la clara humanidad y la viva inteligencia de este jurista fundamentalmente decente. Afortunadamente, la conexión que sentí parecía fluir en ambos sentidos, porque cuando volví a mi despacho en Miller Cassidy, me enteré de que la oficina del Juez Breyer ya había llamado para ofrecerme el trabajo. Llamé por teléfono a Patrick y luego a mis padres, sabiendo que estarían tan emocionados como yo al escuchar la noticia» (págs. 213-216).

En la segunda parte medular («Valor y Gracia [*Grit and Grace*]»), la autora desgrana sus vivencias ulteriores en otros once capítulos (respectivamente, «Un Año Sin Igual [*A Year Like No Other*]», «Vuelta a Casa Africana [*African Homecoming*]», «La Cultura de los Grandes Bufetes [*The Culture of Big Law*]», «¿Qué Es la Justicia? [*What Is Justice?*]», «La Llamada del Deber [*Call of Duty*]», «Paternidad [*Parenthood*]», «El Estrado [*The Bench*]», «Soporte Vital [*Life Support*]», «De los Labios de Leila (a los Oídos de Dios) [*From Leila's Lips (to God's Ears*)]», «América la Bella [*America the Beautiful*]», «Somos el Sueño [*We are the Dream*]»), que

abarcan desde su primera salida de la Corte Suprema de los Estados Unidos hasta su segunda llegada a la propia Corte, ya como Juez, en el año 2022, y que en el plano personal y familiar aparecen especialmente jalonados por el nacimiento de sus dos hijas. De nuevo, desde mi particular perspectiva española, vuelvo a considerar especialmente contrastante la fórmula de selección para la más elevada posición jurídica, que la autora recuerda con llamativa precisión, pues se trata de una fórmula aparentemente opaca de inicio, pero de la que se acaban conociendo hasta los más pequeños e insólitos detalles, lo cual confronta con lo que suele acontecer por aquí, entre nosotros (procedimientos de selección aparentemente transparentes de inicio, pero de los que se acaban opacando aspectos no meramente intrascendentes). La autora lo cuenta con sus propias palabras, en fragmentos que me animo en parte a trasplantar:

> «Cada avance monumental en mi carrera ha sido anunciado por una llamada telefónica inesperada. Esta vez, llevaba menos de un año en el Circuito [de apelaciones] de D.C. cuando el servicio jurídico de la Casa Blanca me llamó para informarme, en la más estricta confidencialidad, que estaba siendo evaluada como candidata a la Corte Suprema. Sólo una semana antes, el 26 de enero de 2022, el Juez Breyer, que entonces tenía ochenta y tres años, había anunciado que se jubilaría al final del año judicial 2021-2022. Su decisión de dimitir mientras los Demócratas tenían la mayoría en el Senado significaba que el Presidente Biden tenía ahora la oportunidad de cumplir su promesa electoral de nombrar Juez a la primera mujer negra en la historia de la nación».
>
> […]
>
> «En ese momento, entre los 293 jueces federales de apelación vivos, yo era una de las únicas diez mujeres negras. Junto con otras 56 juristas negras al nivel de cortes de distrito, representábamos el grupo probable entre el cual el Presidente Biden podría elegir al sucesor del Juez Breyer. Aunque no tenía conocimiento oficial de ningún otro candidato potencial, en los días posteriores a que el juez Breyer compartiera su intención de jubilarse, las noticias propusieron varias posibles candidatas además de mí, incluyendo a la Jueza federal de distrito Michelle Childs, de Carolina del Sur, y la Jueza de la Corte Suprema de California, Leondra Kruger, cada una de las cuales poseía unas credenciales excepcionales».
>
> […]
>
> «Estaba de vuelta en la Corte, recogiendo mis cosas para reunirme con [mi marido, Patrick], cuando, en mi despacho, sonó mi teléfono móvil. "¿Juez Jackson? Soy Joe Biden. ¿Cómo está?". En la grabación oficial de la llamada, se puede oír cómo respiro profundamente antes de decir, "Estoy estupendamente, ¿y usted, señor Presidente?". "Bueno,

va a estar aún mejor. Me gustaría que fuera a la Corte Suprema. ¿Qué le parece?". "Señor, sería un gran honor para mí". "Bueno, para mí es un honor nominarla". Cuando colgué el teléfono tras hablar con el Presidente de los Estados Unidos, la sangre era un océano rugiente en mis oídos. Me dejé caer en la silla de mi escritorio para llamar a Patrick. Estaba tan encantado como yo con la noticia, aunque curiosamente no parecía sorprendido»

[…]

«Tres semanas y media después, el 21 de marzo de 2022, me senté en una sala de audiencias del edificio Hart del Senado, compareciendo ante el Comité Judicial del Senado, en el primer día de mi audiencia de confirmación. Los días transcurridos desde que el Presidente Biden anunciara mi nominación en el Cross Hall de la Casa Blanca habían sido una neblina llena de presión. Lo que más recuerdo es la extrema intensidad de la preparación: jornadas de diecinueve horas con una agenda muy apretada, compuestas por sesiones intensivas dedicadas a memorizar rápidamente contenidos jurídicos complejos; "simulacros" de interrogatorios en los que miembros del personal de la Casa Blanca se hacían pasar por senadores y me planteaban las preguntas más difíciles que se les ocurrían; y visitas coordinadas a Capitol Hill para mantener reuniones individuales de una hora con los senadores que finalmente votarían mi nominación. Al final del proceso, había memorizado casos, analizado cuestiones y formulado respuestas en casi treinta áreas jurídicas diferentes —desde el Derecho Administrativo hasta los poderes ejecutivos en tiempo de guerra y los derechos de voto—, y me había reunido con noventa y ocho senadores, casi la mitad de ellos antes de la audiencia, incluidos todos los miembros del Comité Judicial del Senado».

[…]

«Cuando comenzó la audiencia, Patrick y nuestras dos hijas se sentaron detrás de mí. También estaban en la sala mis padres y mi hermano, Ketajh, los padres de Patrick, sus hermanos y sus esposas, mis aliados de largos años Stephen y Richard, varios de mis antiguos y actuales ayudantes jurídicos, y otros colegas, mentores y amigos. Aunque el interrogatorio del comité durante los dos días siguientes fue en ocasiones agotador, mantuve la calma, recordando el comentario que me había hecho un miembro del personal del servicio jurídico de la Casa Blanca durante las sesiones preparatorias: "puedes enfadarte por el tono de algunas de las preguntas, o puedes comportarte como un Juez de la Corte Suprema».

[…]

«El 7 de abril de 2022, dos semanas después de mi audiencia ante el Comité Judicial, el Senado votó 53-47 para confirmarme como el 116º Juez de la Corte Suprema. Vi la votación nominal por televisión con el Presidente Biden en la Sala Roosevelt de la Casa Blanca, con muchos

pensamientos y sentimientos revoloteando en mi interior. En el momento en que la Vicepresidenta Harris, que presidía la votación del Congreso, anunció el resultado, sentí una oleada de alivio mezclada con la emoción de haber cruzado la línea de meta. Pero, en otro sentido, me encontraba al comienzo de una carrera completamente nueva, una que se extendía hasta mi futuro previsible, y sentí el profundo peso de la responsabilidad que ahora llevaba en nombre de mis conciudadanos» (págs. 362-376).

María Rajo Vázquez